

¡Pero aquella esperanza era engañadora! La recibió con palabras amargas:

—¿Por qué vienes? ¡Tú también me desprecias! Ella protestó.

Era cierto que no le despreciaba, que le adoraba con su alma de cierva enamorada; puso sobre los bigotes de su amigo sus labios pintados, —pero á pesar de los afeites, frescos—, le abrazó sollozando, y *Rara* la rechazó, midiéndole furiosamente á grandes zancadas los dos gabinetes azules.

Ella desenvolvió sin ruido el paquete de pasteles que le llevaba, y con voz triste, en la que no resplandecía ninguna esperanza:

—¿Quieres un baba? Son al kirsch, como á ti te gustan.

Le alargó el baba entre dos dedos finos y azucarados.

Pero no dignándose ver ni oír nada, él prosiguió su paseo monótono y feroz.

Ella, entonces, con los ojos inundados de lágrimas, el pecho rebosante de suspiros, se levantó el velo tupido y negro que la cubría el rostro, y se puso á comer un bombón de chocolate en el silencio de la inmovilidad.

Luego, no sabiendo qué decir ni qué hacer, sacó del bolsillo un estuche que acababa de recoger en casa de su joyero, y mostrando á *Rara* el anillo episcopal que había dentro, dijo con voz tímida:

—Mira el anillo del padre Guitrel. ¿Es bonita

la piedra, verdad? Es una amatista de Hungría. ¿Crees que le gustará?

—¡Me importa un bledo!—contestó *Rara*. Desolada, dejó el estuche sobre la mesa.

El había recobrado el curso de sus ideas ordinarias, y exclamó:

—¡No hay remedio! ¡He de reventar á uno!

Ella le miraba con expresión de duda, habiendo observado que prometía matar á todo el mundo, pero que no mataba á nadie.

Adivinando este pensamiento de su querida, mostróse terrible:

—¡Ya sabía yo que me despreciabas!

Poco faltó para que la pegase. Ella lloró mucho. El se dulcificó exponiéndola un cuadro terrible de su situación pecuniaria.

Ella se conmovió, pero no le ofreció una gran cantidad; primero, porque no entraba en sus costumbres dar dinero á un amante, y luego, por temor de que huyera si le facilitaba los medios.

Salió del entresuelo azul tan trastornada, que dejó olvidado sobre el tocador el anillo de amatista.

XXIII

—¿Trabaja usted, querido maestro? ¿Le molesto?—dijo el señor Goubin entrando en el despacho del señor Bergeret.

—De ninguna manera—respondió el profesor

de literatura latina—. Me entretenía un rato traduciendo un texto griego de la época alejandrina, recientemente descubierto en Filæ en una tumba.

—Le agradecería que me permitiera conocer su traducción, querido maestro—dijo el señor Goubin.

—Con muchísimo gusto—dijo el señor Bergeret.

Y comenzó á leer:

ACERCA DE HÉRCULES ATIMOS.

El vulgo atribuye á un solo Hércules acciones llevadas á cabo por varios héroes de este nombre.

Lo que Orfeo nos enseña del Hércules tracio, más digno es de un dios que de un héroe. No me detendré narrando sus aventuras. Los tirios conocían otro Hércules al que atribuyen trabajos que no son fácilmente creíbles. Lo que menos se sabe es que Alcmena dió á luz dos gemelos de rostros muy semejantes, y que recibieron los dos el nombre de Hércules. Uno era hijo de Júpiter, el otro de Anfitríon. El primero mereció, por sus acciones, beber en la mesa de los dioses con la copa de Hébé, y le tenemos considerado como dios. El segundo no fué digno de alabanzas, por lo cual le llamaron Hércules Atimos.

Lo que de él sé, lo debo á un habitante de Eleusis, hombre prudente y sabio, que ha recogido muchas noticias antiguas. He aquí lo que me contó aquel hombre:

«Hércules Atimos, hijo de Anfitríon, recibió de su padre, al salir de la adolescencia, un arco y flechas—obra de Vulcano—que proporcionaban á los hombres y á los animales una muerte inevitable. Un día que en las pendientes de Citeron cazaba grullas, se encontró á un vaquero que le dijo:

»—Hijo de Anfitríon, un hombre injusto roba cada día un buey de nuestro rebaño. Tú que resplandeces por tu juventud y tu fuerza, si puedes alcanzar al ladrón de bueyes y herirle con tus flechas divinas, merecerás grandes elogios. Pero no es fácil acercarse á él, pues sus pies son más grandes que los de todos los hombres.

»Atimos prometió al vaquero castigar al bribón y prosiguió su camino. Habiéndose internado en las gargantas de la montaña, vió á un hombre de mal talante. Creyendo que sería el ladrón de los bueyes le mató con sus flechas. Pero mientras que la sangre del hombre corría sobre las anémonas silvestres, Palas Atenea, la diosa de los ojos claros, descendió del Olímpio á la montaña, donde Atimos no la reconoció, pues ella tenía el aspecto de un viejo servidor del rey Anfitríon. La diosa le dirigió estas palabras:

»—Divino hijo de Anfitríon, aquel hombre que has matado no era el ladrón de los bueyes; era un hombre irreprochable. Reconocerás fácilmente al culpable por las huellas de sus pasos en el polvo, pues sus pies son más grandes que los de todos los hombres. El que há muerto era ino-

cente, por lo cual debes pedirle con lágrimas al divino Apolo que le devuelva la vida. Apolo no te lo negará, si tiendes hacia él tus manos suplicantes.

»Pero Atimos, lleno de cólera, respondió:

»—He castigado la maldad. ¿Supones, anciano que soy un hombre sin discernimiento y que hie-re al azar? ¡Cállate y huye, insensato! ó te has de arrepentir de tu audacia.

»Unos pastores que jugaban con sus cabras en la vertiente de Citeron, habiendo oído las pala-bras de Atimos, las celebraron con tales alaban-zas que los ecos de las montañas las repitieron y los pinos antiguos se agitaron en un prolongado estremecimiento.

»Y Pallas Atenea, la diosa de ojos claros, voló de nuevo hacia el Olimpo nevado.

»Sin embargo, Atimos, habiendo proseguido su marcha, se encontró en seguida con las huellas del ladrón de los bueyes, cuya espalda vió á poca distancia. Reconocióle fácilmente porque las hue-llas de sus pisadas eran mayores que las de todos los pies humanos.

»El héroe reflexionaba:

»—Es preciso que juzguen á este hombre ino-cente para que me crean matador del culpable y que mi gloria resplandezca.

»Y habiendo pensado de este modo, llamó al hombre y le dijo:

»—Amigo, te honro porque eres irreprochable, y alientas pensamientos de justicia.

»Y sacando de su carcaj una de las flechas for-jadas por Vulcano, se la dió al hombre, pronun-ciando rápidamente estas palabras:

»—Coge esta flecha, obra de Vulcano. Todos cuantos la vean en tu poder, te honrarán y te juzgarán digno de la amistad de un héroe.

»El malvado, cogiendo la flecha se alejó, y la divina Atenea, la diosa de ojos claros, descendió del Olimpo nevado.

»Tomando la forma de un pastor, llena de dul-zura, se acercó á Atimos, diciendo:

»—Hijo de Anfitrion: absolviendo al culpable has matado al inocente por segunda vez, y esta acción no te valdrá la gloria que deseas.

»Pero Atimos no reconoció á la diosa venerable, y creyendo que era un pastor, la dijo, furioso:

»—¡Corazón de ciervo, pellejo de vino: te voy á arrancar el alma!

»Y levantó sobre Pallas Atenea lá madera más dura que el hierro de su arco, obra de Vulcano.

.....
—Lo restante falta—dijo el señor Bergeret de-jando el papel sobre la mesa.

—¡Es una lástima!—dijo el señor Goubin.

—¡Es una lástima, en efecto!—dijo el señor Bergeret. Me causa gran placer traducir este tex-to griego. A veces hay que distraerse de los asun-tos actuales.